



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 2 | Octubre 2020

# La vejez en tiempos de neoliberalismo: el ejemplo del caso español

Josep Bonilla <sup>1</sup>

pepbonilla@gmail.com

---

<sup>1</sup> Antropólogo Social por la Universitat de Barcelona y Master Europeo en Sistema Penal y Políticas Sociales por la misma universidad. Posee, además, la titulación universitaria de Diplomado en Trabajo Social. Es docente universitario y trabaja en gestión de políticas sociales.

Decía Hermann Hesse en uno de sus textos más celebrados que la vejez es ese tiempo de transición en el que, en busca de una especie de equilibrio ante los achaques del cuerpo, reactivamos aquel tesoro en imágenes que llevamos en la memoria tras una vida larga, imágenes a las que, al reducir nuestra actividad, damos una dimensión muy diferente a la concedida hasta entonces.

Lamentablemente, la situación actual en tiempos de pandemia se presta poco a la utilización de figuras literarias, más allá de lo que implica observar cómo toda una generación de mayores ha



experimentado en carne propia la inseguridad y el miedo a no recibir un trato digno en un claro incumplimiento del contrato social. En algunos países, como en el caso de España, la situación ha adquirido tintes aún más dramáticos cuando el propio sistema de protección social ha fallado estrepitosamente hasta el punto de reconocer, más o menos explícitamente, la existencia de cribajes por edad para evitar el colapso del sistema sanitario nacional. Como resultado final, en situaciones determinadas, muchos ciudadanos han sido privados del acceso a cuidados sanitarios de calidad como la atención en UCIS hospitalarias o la respiración asistida, únicamente en atención a su edad y criterios de rentabilidad hospitalaria.

Mención aparte merecen las mal llamadas residencias de ancianos, donde se han producido hasta un 70% de los fallecimientos, privatizadas en gran parte, en manos de los llamados fondos buitres muchas de ellas, aparcaderos, lugares de muerte y abandono, gestionados por personal escaso, con turnos interminables y mal pagado, incluso feminizado deliberadamente para bajar costes con la única finalidad de convertirlas en negocios rentables para el mercado. Un producto rentable que ha contado con la descarada complicidad de las diferentes administraciones, gestionadas por detractores

de lo público y descuidadas por unos Servicios Sociales residuales después de años de recortes continuados y leyes de protección inadecuadas. En esta situación, las instituciones de asilo se han visto convertidas en una trampa mortal donde han muerto, según las propias cifras oficiales de la Administración española, más de 20.000 ancianos. Si bien es cierto que esta terrible realidad ha hecho emerger un tímido discurso revisionista de las políticas sociales basadas en los recortes presupuestarios, nada hace presagiar que el sistema, lastrado por la crisis sistémica que se ha desatado sea capaz en un futuro inmediato de encontrar respuestas a esta tragedia humana.

Sin duda hará falta tiempo y un análisis reposado para valorar hasta qué punto la situación actual, todavía incipiente, supondrá cambios de calado en



la articulación del mal llamado Estado del Bienestar y, más concretamente, en relación con los ancianos. Pese a todo, cada vez son más los que consideran que Europa —y especialmente en el caso español— ha fallado en su respuesta. En este sentido, las diferentes medidas adoptadas y, sobre todo, la del confinamiento domiciliario, han hecho emerger una realidad

compleja que tiene en su epicentro a los colectivos más vulnerables y, fundamentalmente, a los de mayor edad en la comunidad:

- Incremento en la feminización de la vejez aumentando la vulnerabilidad societal. Por regla general, las mujeres perciben pensiones significativamente inferiores a las de los hombres, siendo además su supervivencia mayor y, por tanto, con más elevadas necesidades asistenciales y sanitarias.
- Deterioro significativo de las patologías sanitarias en enfermos ya de por sí vulnerables y con tendencia a la cronicidad. El estrés del sistema está produciendo “víctimas colaterales” al desatender situaciones que, en definitiva, acaban produciendo bajas no contabilizadas como víctimas de la pandemia actual.
- Agravamiento de los problemas de salud mental derivados de la situación social como depresiones, ansiedad, soledad. Muchos de ellos provocados por la falta de estímulos externos al haberse suspendido actividades relacionadas con ocio, deporte y tiempo libre.
- Pérdida de “prestigio” de la ancianidad asociándola únicamente a fragilidad social y elevados costes sociales para la mayoría de la población joven.

Sin pretender abusar de bases estadísticas, pero con voluntad clarificadora, Europa encara una realidad demográfica caracterizada por la pérdida constante de población, hasta el punto de contar con 30 millones menos de personas, según previsiones del propio Eurostat en 2050, y la posibilidad de llegar a perder 80 millones hasta el 2100. Una Europa envejecida, con más ataúdes que cunas, donde la media de edad se sitúa en torno a los 42 años, comparados con los poco más de 30 en América o los tan solo 18 que tiene la mayor parte del continente africano. Con una de las expectativas de esperanza de vida de las más altas del mundo entorno a los 82 años, una

recuperación económica tras la crisis de 2008 frustrada por la actual situación sanitaria y el estrés de la mayoría de sistemas de previsión social, la vejez traspasa cada vez más su dimensión poética para convertirse en un reto económico, social y distributivo que para no pocos constituye uno de los principales problemas de la agenda política en el continente.

Retrasar la edad efectiva de las jubilaciones que se mueve según países, entre los 61 y los 67 años, reducir prestaciones combinando la percepción de las mismas con los mal llamados “minijobs”, tan de moda en países como Alemania desde el inicio de siglo, o generar planes empresariales de previsión para aliviar el déficit estructural de los Estados, son tan solo algunas de las propuestas, cada vez más escuchadas desde posiciones conservadoras.

Por su parte, los sectores de la izquierda tradicional, más críticos con el modelo liberal, plantean la necesidad de contar con un sistema de previsión social sólido, con pensiones revalorizables anualmente según el coste de la vida, y donde las rentas mínimas de ciudadanía garanticen a toda la población situarse como mínimo fuera de los indicadores de pobreza extrema que en los últimos años no han dejado de crecer sistemáticamente. En este sentido, no son pocas las acusaciones que tachan de populismo a los que creen posible resolver la ecuación demográfica únicamente mejorando los sistemas de fiscalidad nacionales de la unión, a la par que gravando las grandes transacciones económicas y los beneficios empresariales. En cualquier caso, el discurso economicista no parece capaz por sí solo de encontrar respuestas a una crisis que cuestiona el Statu Quo mundial de las últimas décadas.

La vieja Europa, mal cohesionada, descosida entre el flanco sur y los nuevos miembros del este, sobrevive pertrechada tras los acuerdos de Schengen, donde la impermeabilización de fronteras parece ser el único punto en común que no admite discusión de fondo entre sus socios, languidece ejerciendo como cultura autárquica, celosa de su bienestar y calidad de vida. Mientras, negocia acuerdos y paga enormes cantidades a países periféricos para que la protejan de supuestas invasiones de refugiados. Tan solo en el último ejercicio, la UE ha destinado más de un 4% de su presupuesto

ordinario en un entramado de instituciones comunitarias claramente opacas que han acabado, en buena parte, en países tan poco transparentes como la Turquía de Tayyip Erdogan, la corrupta monarquía marroquí o la tribalizada Libia de la era posterior a Gadafi.

En el año 2019, más de 840.000 personas solicitaron refugio en todo el territorio de la UE. Es un escaso porcentaje que representa únicamente poco más del 1% de los 80 millones cifrados por ACNUR en todo el mundo. Pese a todo, para no pocos europeos representan un auténtico peligro simbolizado y convenientemente construido bajo la amenaza de la seguridad, el terrorismo yihadista o la delincuencia organizada. En el mejor de los casos, si ven aceptada su petición, se verán abocados a un procedimiento lento, opaco en la mayoría de los países y donde tan solo una media del aproximadamente el 15% verán aceptada su solicitud. La inmoralidad con la que Europa gestiona los campos de refugiados de la isla de Lesbos, la falta de soluciones al conflicto libio, el drama cotidiano de las pateras con miles de ahogados que entierran sus sueños cada año en el Mediterráneo o la utilización de mano de obra extranjera irregular de forma estructural, son solo unos mínimos ejemplos de la vejez de una civilización que responde con miedo y falta de proyección a los retos del porvenir. Quizás, nuestros viejos deban, a falta de mejores nuevas, optar por revivir los tesoros que representan las imágenes del pasado.